

A black and white close-up portrait of a woman, Marifer Michel, looking upwards with a wide-eyed, expressive gaze. She is wearing a large, ornate diamond necklace with a circular pendant. The background is dark and textured.

MARIFER MICHEL
PRINCESA

GRAFÓGRAFXS

MARIFER MICHEL (Toluca, 1981). Cursó el diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores Mexiquenses Juana de Asbaje. Publicó en las antologías *Historias al descubierto*, *Cuentos inesperados*, *Aullidos de quimera* y *Cuentos del sótano VI*; así como en las revistas *Guía Cultura Metepec* y *Revista Universitaria*, entre otras. Comuna Girondo publicó su primera *plaque*, *Amantes de sobremesa*. Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

PRINCESAS

*El espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos,
reconocernos y escribirnos*

Marifer Michel

PRINCESAS



grafógrafxs

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑADOR

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

CORRECCIÓN DE ESTILO

Itzel González

Karen Hernández Salazar

PORTADA

Sergio Ernesto Ríos

CENICIENTA

Cenicienta vive en una casa de interés social en Neza. Tiene cuerpo pachoncito, como una dona de chocolate; tez blanca; cabello color elote, y ojos de tonalidad pasto. Es vendedora en el Liverpool de la Zona Rosa. Tres horas tortuosas de recorrido: micro, metro, otra micro y combi. Los asaltos y manoseos, una rutina que la fastidia; por eso carga con una navaja que esconde en su brasier, junto con el celular y el dinero.

Un sueldo miserable y diez horas insufribles; las comisiones, su alcancía para llegar a final de mes, aunque, por su afición, no le alcanza ni para la semana. Su hada madrina: tarjetas de crédito. En las noches pasa horas frente al celular cazando ofertas; es su pasatiempo favorito. Sólo duerme dos horas. Un disfrute estalla como fuegos artificiales de su panza. Cenicienta le abona una buena cantidad de su salario a su hada madrina para que no la joda con la cantaleta de que le pague y no la amenace con embargar sus preciados tesoros. Compra de todo, desde cremas reductoras hasta aspiradoras robóticas.

En su día libre acude al centro comercial más fifi de Polanco como si fuera al zoológico. Los animales, escaparates que la asombran. Come en el restaurante más caro y, con una sonrisa, paga con su tarjeta dorada. Bolsas y más bolsas repletas de

inutilidades. Los probadores, zapatillas de cristal. Se regresa en DiDi. No le preocupa el dineral que tendrá que desembolsar; paga con su plástico plateado.

Agenda sus vacaciones en las fechas del Buen Fin, las espera como si fuera a ser su cumpleaños. Las ansias de comprar y comprar la emocionan como adolescente que juega videojuegos. Los pasillos, pasteles; las velitas, meses sin intereses.

Al llegar a su casa, Cenicienta esconde las compras para que su príncipe no le ponga otra gritoniza. Él está harto de comer lo mismo: frijoles y huevos. Trabaja de mecánico; también gana una miseria. Cenicienta despilfarra su quincena en babosadas, no le da importancia al gasto de la comida y de lo indispensable para sobrevivir en la jungla marital. Al príncipe lo pone furioso hacer el amor muy de vez en cuando; a Cenicienta le vale sombrilla que le ponga el cuerno con su hermanastra. No tienen hijos, lo que es un alivio: Cenicienta sería capaz de empeñarlos.

Un día a Cenicienta le dicen en el trabajo que tiene una llamada urgente. Se espanta, cree que es su hada madrina. Siente alivio al escuchar que no es ella. Le avisan que su casa se está incendiando y que a su marido lo trasladaron al hospital con quemaduras de tercer grado. Ella se desploma en el piso en un llanto. Repite una y otra vez: “Salven mis tesoros, mis tesoros, no”.

CAPERUCITA LOBUKI

Para celebrar la llegada de la primavera, Caperucita Lobuki va de cacería en busca de mirreyes. Falda de colegiala, labial color rojo incendio y tacones de doce centímetros. Como no sabe caminar con esas monstruosidades, parece robot. Pide un Uber y se dirige al Barezzito, el antro más fresa de Metepec. Ya en el lugar, se enoja al ver que todos los mirreyes van acompañados. Se coloca en la barra y pide una copa de champaña con una cereza. Se sienta a su lado un chavorrucito que, muy lejos de ser mirrey, quiere aparentar ser un hípster: camisa de mangas cortas con cuadros, chaleco de lana y tatuajes en los brazos; más un hípster leñador. Le invita otra copa. Él se pide un mezcal orgánico de pepino. Parece más un interrogatorio que una plática. ¿Estudias o trabajas? Una forma de coquetería bastante prehistórica. Por la bebida gratis, se deja invadir por sus preguntas fastidiosas. Con la poca atención que le prestó retuvo el dato de que era profesor, ya no recuerda si de una facultad o de otro lado. Caperucita Lobuki es bastante curiosa y siempre va como gorda en tobogán con los tipos más alternativos. Desde que tiene memoria le ha gustado la rareza y las situaciones escabrosas. Entre más le dice su monólogo más imagina cómo besaré. No porque le guste, el tipejo es muy feo, sólo para guardar los besos en su caja donde colecciona a los demás y los tiene

clasificados. La plática se pone un poquito mejor cuando hablan de libros. Cuando Caperucita Lobuki le dice que escribe, el chavorruco comenta que tiene un “amigo del amigo del asistente de un editor” que podría publicarla. Caperucita Lobuki trata de cambiarle el tema y él sigue con el dichoso libro. Ya tiene el diseño de la portada, hasta se ofreció para el prólogo. Su insistencia la harta. Le dice que ya se va, porque tiene que darle de comer a su perro y que pedirá un Uber. Se ofrece a llevarla a su casa. Acepta sólo para besarla, a fin de que la curiosidad la deje en paz y de paso acrecentar su colección.

Se dirigen a su coche. No lo dejó en el *valet parking*, sino a dos cuadras del lugar. Caminar esas calles con los tacones es insufrible para ella. Es un Fiesta destartado con las puertas abolladas. ¡No le abre la puerta el méndigo! Caperucita Lobuki se sube con elegancia. En el retrovisor cuelga un gato dibujado en un separador de libro. En el estéreo suena el CD de Luis Miguel. ¿¡Luis Miguel!?, ¿¡en serio!?, ¿¡no que era profesor de literatura!?, se pregunta. En el compartimento de la puerta hay un libro de Mishima, aún con celofán, y otro de Paulo Coelho, subrayado y con anotaciones. Caperucita Lobuki mete a su bolsa el de Mishima sin que el tipo se dé cuenta. Sonríe maliciosa. Al acomodarse en el asiento algo se le incrusta en el trasero, quita el objeto: ¡una plancha! Juguetea con ella. El chavorruco pone en marcha el coche y conduce a un lugar aislado, donde se estaciona. Saca cigarros de la guantera y le ofrece uno. Ella lo toma sin quitarle la mirada. No hablan. Con la provocación en la piel y la música como afrodisiaco, el chavorruco arroja de

un manotazo al suelo la libreta, lápices, diccionarios, revistas, etcétera. La jala hacia él con fuerza, la besa bruscamente, le muerde el labio y la sienta sobre él, mientras sigue sonando la canción: *Tú, la misma de ayer, la incondicional, la que no espera nada...* Los cristales se empañan con sus jadeos. Caperucita Lobuki besa su cuello hasta subir a su oreja y la mordisquea. Le quita los lentes y posa sus labios sobre los párpados; los lengüetea y su respiración se acelera. El chavorruco le arranca los calzones y los avienta a un lado. La palanca de velocidades se le incrusta a ella en la pierna, se mueve para no sentirla. Con dificultad, logra desabrocharle el pantalón. Él le desabotona la blusa y desajusta el brasier para convertir sus pechos en una paleta. Un calor la irrumpe. Coloca el cable de la plancha alrededor del cuello del chavorruco y se sujeta de él. La sensación plástica la excita; se encorva y se balancea lento con el espasmo a punto de estallar. Se mueve en círculos y él sigue su ritmo acariciando su espalda. Un escalofrío recorre la piel de Caperucita Lobuki. Unos ojos cristalinos le anuncian el final y la humedad la invade. Un grito sale de su boca, lo aprisiona con las piernas y se deja llevar. Se viene. El gato del separador la mira como si él la rasguñara y la alentara a no parar. Ahora el felino permanece en su fluido caliente, sometiéndola. Suspira para después gemir fuerte y araña la vestidura del asiento. Se besan con más fuerza. Caperucita Lobuki le rasguña la espalda, lengüetea su cuello torpemente, bañándolo de saliva. Se viste deprisa aún jadeando. Se da cuenta de que el calzón está roto y lo mete a la bolsa sin dejar de sonreír al mirar el libro de Mishima. Él la

abrazo y Caperucita Lobuki lo rechaza. La mira sorprendido y se quedan en silencio para después fumar otro cigarro pausadamente mientras esperan que termine la canción. *No culpes a la noche, no culpes a la playa, no culpes a la lluvia, será que no me amas...*

Arranca el coche para llevar a Caperucita a casa. La música habla por ellos. Al bajarse del auto, el chavorrucito intenta besarla. Ella lo esquiva y se aleja haciendo una seña de despedida con la mano.

Caperucita Lobuki abre la puerta de la casa. Sigilosamente se quita los tacones y camina de puntitas hasta llegar a la habitación, donde saca una caja del cajón de la cómoda, la abre, introduce los besos, los clasifica y les coloca un Post-It. Después la cierra y la vuelve a poner en su lugar. Un minuto más tarde, besa al lobo en la frente y se duerme con la excitación entre sus piernas.

RAPUCHONA

Guasave amurallada por el mar dominado por la arena. Palmeras. Oro en las columnas del palacio de gobierno. Las campanas de la iglesia petrifican el tiempo. Calles empedradas y casas ostentosas de tres pisos con colores chillantes; en algunas, una estatua de ángel dorado en sus fachadas; en otras, domos con ornamento árabe. El malecón, una pasarela dominical. Algunos pescadores cambian las redes por armas de grueso calibre y sus lanchas por trocas.

Rapuchona tiene dieciséis años, cabello azabache por debajo de la cadera y lacio, así como ojos que contrastan con el mar. Vive con su madre y dos tías solteronas. Su padre se fue de mojado a Estados Unidos en busca de fortuna, conoció a una gringa, jamás les mando dinero. Rapuchona va por las mañanas a la preparatoria y sueña con ser abogada. Por las tardes ayuda a su madre y tías en la tienda de abarrotes. No tiene amigas, sus compañeras le parecen tontas. Los sábados acude a la playa con un libro bajo el brazo. Le gusta sentir el fluir del mar entre sus pies, una liberación la atrapa. El sonido de las olas, su disco; baila dando vueltas con los brazos estirados, felicidad azulada. Lee en una roca hasta que el sol se pierde entre las islas.

El 3 de mayo se lleva a cabo el festejo de Jesús Malverde, considerado el “santo patrón” de los narcotraficantes.

Los habitantes de Guasave ahorran y algunos empeñan sus vacas para conmemorarlo; también acuden seguidores de otras partes del país. Lo bañan de *whisky* en la cabeza y le colocan su sombrero ranchero, mientras la estridente música de banda resuena alrededor. Los hombres portan joyas en forma de fusiles o de hojas de marihuana; las mujeres, vestidos cortos y ajustados de color verde; los niños, pistolas y rifles. La iglesia, abarrotada por veladoras con el rostro de Malverde y del capo que controla Guasave, el Ken, quien tiene veintisiete años, es güero y gordo, usa botas con incrustación de mantarraya, camisa Versace olivo de seda y jeans ajustados, cadenas llamativas; porta en una mano un cuerno de chivo y en la otra, un radio. Lo acompaña Miss Sinaloa. Desfilan por las calles en un carro alegórico, junto con la estatua de Jesús Malverde cargada a cuestas por jóvenes. A su paso regalan marihuana, y las parejas bailan al son de la banda, cuetes y disparos al aire. Las ancianas colocan afuera de sus casas mesas con ollas de marlin, aguachile y chilorio, que reparten en tostadas y tacos; también, vasos con Buchanan's. El Ken y Miss Sinaloa son los *rockstars* de la ciudad.

A Rapuchona no le gusta esta fiesta y prefiere escabullirse en su guarida que es la playa, pero su madre y tías la obligan a participar. Ella, con mueca de fastidio, se prueba el vestido de gala que le confeccionó una de sus tías: rojo, de lentejuelas. Al verse en el espejo se percibe como una cabaretera. Ellas brincan y se emocionan.

El festejo culmina con un certamen de belleza. La ganadora es el trofeo para el Ken. La madre y tías ocupan los primeros

asientos del arcaico auditorio municipal, vestidas con camisetitas y gorras que llevan impresa la imagen de su candidata favorita: Rapuchona. Gritan y hacen escándalo con matracas y cornetas, como si estuvieran en un partido de fútbol. Tras bambalinas, una maquillista y peinadora profesional la arreglan, en una humedad tal que los cabellos recién rizados se quedan adheridos a su cuello, bañado en sudor, también por el terror que la consume.

Afuera del auditorio hay soldados y sicarios montando guardia. Adentro, las concursantes lucen sus vestidos en un baño escasamente iluminado, con varios azulejos rotos. El maestro de ceremonias es el alcalde de Guasave; la jueza, Miss Sinaloa.

Rapuchona no sonríe al desfilarse. Su vestido es la envidia de las demás concursantes; su cabellera larga, la excitación del Ken. Camina torpe. Su madre le grita que lo haga bien, y carcajadas resuenan en todo el recinto. Cuando es el turno de las preguntas, contesta irónica. El Ken le dice algo al oído a Miss Sinaloa; se ríen y ella asiente.

Antes de que se anuncie a la ganadora, las chicas forman un medio círculo en el escenario y unen sus manos en el centro, como si fueran *scouts*.

Rapuchona consigue la corona y su rostro palidece. Una lágrima resbala mientras llueve confeti. Las concursantes quedan asombradas y enojadas por el resultado. Algunas ya se veían con su troca del año y otras con ropa de diseñador. Miss Sinaloa le pone la tiara y banda; se abrazan y le entrega un

ramo de rosas. Las perdedoras, con sonrisa fingida, se forman para fotografiarse con ella. El Ken toma la mano de Rapuchona en actitud de campeón. La audiencia aplaude y grita. Su madre y tías chiflan, resuenan las cornetas y matracas.

El Ken le impide que se despida de ellas. Salen del lugar, suben a un carro alegórico y él presume su trofeo como si hubiera ganado la Champions League.

Al acabar el festejo, uno de los sicarios del Ken toca el timbre con insistencia. La mamá de Rapuchona abre y este le entrega tres maletas grandes repletas de dólares. Festejan con champaña y marihuana.

Planean comprar una finca, tres camionetas y presumir su vida de nuevas ricas.

El Ken y Rapuchona suben a una troca. Atrás, su convoy de sicarios. Suena la canción de Cartel de Santa: *súbele a la gribol, sírveme un blagleibol pa bajar el pase porque ya me ando torciendo, súbele a la graibol, sírveme un blagleibol pa bajar el pase, ya de lado ando mordiendo...* Ella cierra los ojos y escucha el disco de las olas, un escalofrío la ataca. Las fachadas estridentes se van perdiendo. Entran a la carretera; las palmeras y el mar, su alivio. Ella lo apresa con furia. El Ken se da un pase de coca. Llegan a una finca a la orilla de la playa. Él la baja a empujones y la mete a la casa.

El Ken saca una botella de Buchanan's de la cava, la abre y se la empina. Rapuchona, aterrada; su corazón, un huracán. En la playa el Ken desgarró su vestido, la avienta, se monta sobre ella. Le exaspera su cabellera larga entre sus dedos, es su

medusa, la jala y al mismo tiempo la oprime. Las piernas de ella son un lirio en un tifón. Después, Rapuchona, una estatua: Venus Citerea; el Ken, un kraken; la sangre, una ola ciñendo su belleza profanada. Golpes cincelados color púrpura. Rapuchona vuelve a patear sin cesar, se sacude como una sirena hasta que le falta el aire, lloriquea y grita, más puños metálicos.

Los diez sicarios: pulpos. La penetran uno a uno con sus tentáculos-cuchillos. Una flema transparente resbala por la entrepierna de Rapuchona, siente miles de erizos que se adhieren a su sexo. Un olor fétido de sangre y fluidos. El cuerpo, púas; la arena adherida a su piel, un incendio.

Miss Sinaloa sacude a Rapuchona, se exalta y pide clemencia con un grito despavorido. Le da café y pan; los vomita, percibe como si cientos de alfileres se clavaran en sus piernas. Miss Sinaloa le exige que la acompañe. Los pinchazos le impiden levantarse. La arrastra hasta una troca, se desmaya, la suben y la llevan a un salón de belleza. En el camino le meten una pastilla en la boca. Cuando reacciona está sentada en un sillón con tapiz de cebra. Atontada, todo a su alrededor lo mira como si estuviera bajo el agua. Una empleada le coloca uñas postizas saturadas de colores chillantes con incrustación de diamantes; otra le pone pestañas, la maquilla y plancha su cabello. Cuando terminan, Miss Sinaloa la ayuda a vestirse: tacones de quince centímetros, vestido ceñido y escotado.

El Ken la lleva al mejor restaurante para presumir a su nueva mascota, acaricia su largo cabello como a un cachorro.

Sus amigos la nalguean. Él lo festeja invitándoles bacacho y perico. Rapuchona, un perro; su sonrisa, una correa.

En la noche Miss Sinaloa, tres sicarios y Rapuchona viajan en una avioneta a Tijuana. A la mañana siguiente la trasladan a una clínica para que le pongan nalgas de silicón, implantes de senos, nariz, bótox... En la sala preoperatoria una enfermera la deja sola. Rapuchona aprovecha la oportunidad y escapa. Sale sigilosa y vigilante. En las escaleras un sicario la descubre; la golpea en el estómago, la toma de los cabellos y la saca del hospital. Avisa por el radio a los otros. Una camioneta ya está esperándolos.

La llevan a una casa de seguridad en Rosarito. El Ken, sentado en una silla de plástico con un bate en la mano. Rapuchona berrea como un cordero asustado en medio del bosque oscuro. Los matices del atardecer son ráfagas que atraviesan el papel periódico pegado en la ventana. Él se levanta y se dirige a ella, la golpea con el bate. El crujido de huesos y lamentos, su placer. La euforia incrementa con la sangre salpicada en su cara. Entonces le pega con más fuerza, hasta que una mancha blanca aparece en su pantalón. El Ken le corta su cabellera larga y al mismo tiempo se masturba; se excita con el pelo entre sus dedos. Da instrucciones a sus sicarios y azota la puerta antes de irse.

La amarran a la silla y le colocan cinta canela en los labios. Su cuerpo, un tornado. La torturan clavándole tachuelas en las uñas, un diminuto diamante vuela como luciérnaga. Le aplican “la corbata colombiana”. La colocan en una tabla y le

desgarran la piel. Alaridos y convulsiones. Rapuchona se imagina en su guarida escuchando el aleteo de las gaviotas a ras del agua, sentada en la roca y su madre acariciando sus dedos heridos. Tararean juntas su disco del mar, una ola la golpea y su corazón se quiebra en miles de fragmentos. En un llanto cruel, le concede el perdón a su madre.

Los sicarios la arrojan moribunda a un tambo con ácido y sosa cáustica. Su cuerpo pueril parece que yace en una caja musical. En la madrugada avientan el barril al mar. Rapuchona ahora yace entre peces, medusas y corales en el fondo del océano.

La madre de Rapuchona viaja con sus hermanas a París. En la torre Eiffel contempla el río Sena. Un papalote aparece en el cielo y piensa en lo mucho que le gustaban a su hija de pequeña, se emocionaba con los colores y el aleteo. Aprisiona a su pecho el recuerdo, una terrible nostalgia la golpea y piensa en lo inmensamente feliz que es su hija con troca del año, vestidos de diseñador, un séquito de sirvientes a su disposición y probablemente una biblioteca del tamaño de Versalles. Compra una postal y escribe: Gracias hija por hacer realidad mi sueño.

LA BELLA Y EL REGUETONERO

Me dicen la Bella; soy una chica fresca; vivo en Boca del Río, Veracruz. Mi piel blanca contrasta con la camioneta Porsche Cayenne que me regaló mi papi por terminar la preparatoria con siete de calificación; mi título, un adorno en la inmensa sala para presumir que su princesa estudió en el Instituto Rougier.

Mi papá es un empresario, dueño de lavanderías. No entiendo cómo tiene un Ferrari, un yate, etcétera; ¿lavando ropa? Deben de ser toneladas y toneladas de prendas. Mi mamá es parte del mobiliario de la mansión. Ella juega póker con sus amigas, inventa clases de buceo, surf y natación para irse con su gigoló a los moteles en Jalapa, y cursos de yoga los fines de semana en el chalet en Tlacotalpan. Lo sé porque encontré *tickets* en el bote de la basura; satisface a su loba como la canción de Shakira. Un día la vi entregándole al chofer un fajo de billetes para que no le contara a mi papá. Por mí, que haga de su vida un papalote.

Tengo sirvientas, ama de llaves y un chef a mi disposición; avión privado para viajar algunos fines de semana a Las Vegas con mis amigas y en verano a Europa. Realizo fiestas en las mejores *suites* de los hoteles del puerto jarocho. Compro en Beverly Hills. Visto Louis Vuitton, Gucci, Fendi, Chanel... Me

fascinan los tacones de Christian Louboutin, son tan lindos; los *clutches* de Jimmy Choo, hermosos.

Para darle un giro a mi vida de princesita decido ir con mis amigas a un concierto de reguetón en Capezzio Disco. Nos emocionamos como si fuéramos a ver a Rihanna en Nueva York.

Me miran raro con mis tacones amarillos y maquillaje de fiera. Pedimos una mesa en el área vip y nos ignoran. Entre empujones y chiflidos nos colocamos hasta el frente del escenario. Ordenamos champaña. El mesero desaparece con una carcajada y regresa con una cubeta de cervezas. Indignadas, lo insultamos. La gente nos abuchea y nos las empinamos con asco. Ordenamos cinco cubetas más.

“Estoy enamorado de cuatro babies. Siempre me dan lo que quiero. Chingan cuando yo les digo. Ninguna me pone pero...”. Gritamos y saltamos al ritmo de la canción como si fuera Justin Bieber. La piel tostada, el tigre tatuado en su pecho y los movimientos rudos del cantante me enloquecen. Me muevo al ritmo del pop. Al verme bailar, él me dedica la siguiente canción. “Sí, sabes que ya llevo un rato mirándote. Tengo que bailar contigo hoy. Vi que tu mirada ya estaba llamándome. Muéstrame el camino que yo voy...”. Me invita a subir. Lo hago y sigo bailando; me chiflan. Maluma me rodea con el cuerpo y me enseña a perrear. Muevo el trasero como Miley Cyrus. Me nalguea y subo mi blusa dejando ver mis bubis, moviéndolas al ritmo de “La estoy calentando, la estoy provocando pa que suba, pa que suba la temperatura...”. Mis amigas tratan de bajarme. Me rehúso y sigo perreando con la blusa levantada.

Maluma me besa y al mismo tiempo me aprieta una nalga. El público grita y chifla. Mis amigas se van enojadas y yo, feliz, sigo perreando.

Cuando acaba el concierto, Maluma me invita a seguir perreando en su hotel. En la puerta nos detiene el dueño del lugar, le agradece a Maluma el paro, y entrega una bolsa con tachas y cocaína. Me cuenta que se conocieron en el *backstage* de su concierto hace seis meses en el Foro Boca, que se fueron con unas fans a la *suite* de su hotel y que una de ellas se murió de un pasón. Javier lo ayudó con la bronca y por eso cantó en su antro.

Nos subimos a mi camioneta y nos dirigimos al AC by Marriott. En la *suite* pedimos champaña, fresas y caviar. Me canta:

“Quítate las prendas que voy a prenderte / y como un puro voy a consumirte. / Quítate la ropa que voy a meterte / y en el jacuzzi, yo voy a explorarte. / Tienes la virtud, con exactitud. / Nadie a mí me toca ni me besa como tú, yeah. / No hay razones pa que te cohíbas. / Yo sé que tu nene te motiva. / Me dijeron que eres posesiva / y que te encantan mi vitamina. / Y que te tragas la vitamina (Qué rico, mami)”.

Maluma me desviste con prisa y tosquedad. Desabrocho su cinturón, le arranco la camisa. Los botones salen disparados al suelo. Me río, le quito a jalones el pantalón y bóxers. Lengüeteo su tigre tatuado, soplo su ombligo. Me da la vuelta y muerde mis pezones con furia. Siento como si me los fuera a arrancar. En el piso de mármol nos ponemos en cuatro. Me pe-

netra rudo y me nalguea. Soy su perra y él mi bulldog. Maluma me besa largamente en el cuello, sacando la lengua; baja hasta mis nalgas. La humedad me excita. Me arrodillo frente a él y meto en mi boca su verga. Él, apoyado en el ventanal, pone sus manos sobre mi cabello, lo jala, y cuando se viene me trago su “vitamina”, sabor agridulce, como una paleta de limón.

Acostada en la cama, lame mi concha. Me dice al oído cuando me la mete: “Mami, más duro, qué rica estás, baby, más, más”. Yo no termino, rasguño su espalda, y su semen resbala por mi entrepierna. Me masturbo, meto sus dedos en mi sexo y le doy órdenes sobre cómo hacerlo. Con mueca de fastidio, obedece. “Así no, así, gira el dedo, súbelo, bájalo...”. Maluma se harta, retira su mano. Yo meto mis dedos y termino el trabajo que no pudo hacer; me retuerzo como una diosa y un gemido estalla. Maluma sólo observa y su pene está erecto. Me pone en posición de perrito, me la mete y arremete como gorila. Yo me muevo en círculos. Esta vez termino antes que él y enfurece. Sigue embistiéndome y espero paciente a que concluya el movimiento. Al terminar, se acuesta en la cama y me ordena que le pase la botella de champaña. Obedezco. Nos quedamos en silencio. Yo miro el mar; él se queda dormido.

Cuando despierta saca de la bolsa una tacha y me la ofrece. Yo le digo que no y se la traga. Nos vestimos. Maluma escribe en mi iPhone su número y me canta al oído: “Y me volví loco / loco, loquito muy loco / cuando tu cuerpo yo toco / ven perdamos el control que te voy a hacer mía, muñeca. / Nunca imaginé tenerte aquí / tan cerquita de mí y embriagarme con

tu cuerpo / y si quieres mañana con sólo una llamada / volveré a estar en tu cama”.

En el elevador me abraza, manosea y besa. Yo le sigo la corriente y muerdo sus labios. Cuando se abre la puerta nos acomodamos la ropa y salimos como si nunca nos hubiéramos conocido.

Al llegar a la mansión, mi padre está dando vueltas en la sala. Al verme me da una cachetada, me grita. No entiendo su enojo hasta que me enseña un video en YouTube: salgo con Maluma enseñando los pechos; más de un millón de reproducciones. Soy famosa y me encanta. Me ordena que le dé mi celular. Lo desbloqueo y se lo entrego. Comparte el teléfono de Maluma por WhatsApp.

Me manda a Miami mientras pasa el escándalo. Yo, feliz: podré comprarme una bolsa de la nueva colección de Alexander McQueen.

Mi papi contactó a uno de sus amigos narcos que le debía un favor para que torturara a Maluma. Lo supe en el hangar al ver la noticia en la televisión mientras preparaban mi avión. Lo manejaron como suicidio. Llamo a un chalán de mi papá y me lo cuenta todo: en la madrugada fueron por Maluma al hotel, lo arrastraron, lo subieron a una camioneta y se lo llevaron al chalet de Tlacotalpan. Unos sicarios lo torturaron sin dejarle marcas, lo regresaron a la *suite*, lo asfixiaron con una bolsa de plástico y lo colgaron en un candil de cristal. Esparcieron cocaína en el recibidor, botellas de champaña, tachas y ansiolíticos.

Miro Instagram en mi celular: comentarios y videos de

chavitas llorando su muerte como si hubiera sido Katy Perry.
Me dan risa, ni que fuera Luis Miguel. Total, consigo otro y ya.
Además, era pésimo en la cama y cantaba horrible.

LA BELLA PASTILLA DEL SUEÑO

En una casa porfiriana de la colonia Roma vive la Bella Ansiolítica. Se parece a una actriz francesa; es obesa como una ballena y rubia. Sus pasatiempos son comer chocolates, donas y pizza; beber vodka con jugo de manzana y cerveza oscura; cazar; y dormir, su mayor placer. Sus hadas son: Valium, Tafil, Sinogan, Rivotril, Ativán, Seroquel y Anapsique. Implora por un príncipe que la despierte con un beso.

Los sábados va, con sonrisa desdibujada, a la cantina Dos Naciones a cazar príncipes grotescos. Al percibir su aliento a ron barato y su olor rancio, el sueño ya es un gigante y la Bella Ansiolítica lucha por aniquilarlo. La estratagema ganada es una medalla por el número de fantoches que puede poseer en una noche. Por su aspecto de hipopótamo, esa cifra se reduce a uno o cero, sólo los borrachos se animan a ser parte del espectáculo. Eso la consume mucho más en el sueño, pero no se da por vencida.

El más valiente o el más briago la conduce al baño, le baja con torpeza el tirante del sostén y sorbe sus pechos como un aguardiente. La somnolencia se vuelve insoportable cuando la embiste como elefante; el vaivén le provoca un bostezo que la excita y minúsculas arañas recorren su sexo. Al final se queda dormida, acurrucada a un lado del mingitorio. Cuando despierta

siente un hormiguelo y un dolor punzante en las piernas, pero ello no le impide ir en busca de otro príncipe.

Al amanecer llega a su palacio, amurallado por árboles frutales, jacarandas y hiedras. Cuadros de sus tatarabuelos cuelgan en la sala, junto a estantes con libros de primeras ediciones de los poetas malditos, muebles estilo *art déco* y un candil de cristal. Se prepara un vodka en la inmensa cocina, sube las escaleras de mármol, se dirige a su recámara, se sienta en su cama con dosel, introduce siete pastillas en su boca y se las pasa con su bebida; se enardece con la mezcla de sabores ácidos. La Bella Ansiolítica evoca a un príncipe motorizado.

Cuando despierta se enfurece al no escuchar ningún rugido de motor ni percibir una humedad en sus labios por un beso. Sólo está la sensación de migajas en la sábana. Un bostezo largo la levanta. Pasos tambaleantes y el cuerpo, un terremoto que no para. Se viste atontada: la playera y falda amarillas se las pone al revés, olvida colocarse el brasier. Después, sale de cacería.

INFANTA TERRÁQUEA

En su juego, Infanta Terráquea imagina ser la amante de sus amores platónicos. Los acomoda en la cama sobre la colcha rosa, por color, oficios y tamaños: hípsters, milenials, sugar daddies y mirreyes.

Beben *whisky* en Escocia, se abrazan bajo la luna lobo en París, bailan en el carnaval de Venecia, los arrulla un canto de sirena en Copenhague, y en Helsinki duermen entrelazados, exhaustos por los besos trotamundos.

El hípster coloca en el tocadiscos la canción *Mar el poder del mar*, se deshace de su camisa de cuadros de franela al compás de la música; la inmensa barba de leñador, el éxtasis de Infanta Terráquea. Ruedan entrelazados por el piso de madera. Los besos le saben a cerveza artesanal; su ombligo, a ensalada orgánica sin gluten; el vaivén de su cuerpo, una bicicleta. El hípster le susurra al oído un poema de Blaise Cendrars: En Flandes / El sol es un quinqué humeante / Y en lo alto de un trapecio una mujer la hace de luna...

Una galaxia explota en la panza de Infanta Terráquea. El hípster le besa la frente. Duermen tomados de la mano. A la mañana siguiente el hípster se diluye en la alborada. Infanta Terráquea sueña con su olor a cedro.

Acostados en un sillón de piel, el milenial dibuja con plumón un emoji 🙈 a Infanta Terráquea en la barriga. Ella ríe traviesa moviendo los pies. Su cuerpo, un lienzo plagado 🍷 🍷 🍷 🍷.

El milenial, con su *smartphone*, toma fotos a su “obra de arte” y las comparte en Instagram. Ella, feliz, sigue su estrategia, aprieta el botón de la cámara, se hace una selfi y la sube a Facebook.

Juegan un videojuego en la consola del Xbox. Él se enoja cuando Infanta Terráquea le gana. Le dice al milenial que le llegó un wasap de su novio. Él, decepcionado, trata de borrar los dibujos; no lo logra, patalea y llora. Ella se carcajea. Cuando se va, imagina que hace *match* en Tinder y tiene otra cita con otro milenial.

Con el sugar daddy viaja a Bruselas en avión privado. Sus canas, cuerpo atlético, manos rugosas e infinitos tatuajes la cautivan. Visitan el Museo Belvue, cenan en Bozar Brasserie y se alojan en el hotel Mozart. Él le regala *souvenirs* lujosos. El gentío la confunde con su hija cuando caminan abrazados en la Grand Place. Se besan en los escalones de La Casa del Rey, son el monumento para los turistas. Antes de dormir comparten cremas para las patas de gallo y se ponen mascarillas de oro. Los espasmos del sugar daddy, una marioneta; para Infanta Terráquea, caramelos. Cuando se aburre de su juego ella lo desecha en el cajón.

Con el mirrey, bebe *shampoo* en el bar de un crucero frente a las costas de Brasil. Bailan y cantan al ritmo de “No culpes a

la noche / No culpes a la playa / No culpes a la lluvia / Será que no me amas”.

Infanta Terráquea es su lobuki de ocasión, lo acompaña a las olimpiadas para ver los partidos de México. Ella feliz hasta que el mirrey le pide que lo grave mientras se tira al mar. Antes le dice “voy a parar este crucero, voy a hacer historia”. Ella, impactada, busca ayuda. El mirrey logra su deseo de que el barco se detenga durante dos horas para buscarlo. Nunca lo encuentran. Un juego perverso que la excita.

Infanta Terráquea, ahora princesa, disfraza a sus amantes de platónicos para acariciarlos, estrujarlos y poseerlos en su cama de niña.

PRINCESA PASTILLA

La princesa colecciona pastillas de todos los colores y formas. Frascos y cajas esparcidos en la casa: para la felicidad, para desaparecer al monstruo disfrazado de terrícola, burbujas cáusticas. Tantos y tantos padecimientos, otros los inventa y escribe en un diario como el mayor de los descubrimientos. Un goce escapa de su pluma.

Su pasatiempo favorito es recorrer los pasillos de las farmacias y llenar la canasta de productos que mira en los comerciales de la televisión. Se arregla, como si fuera a una fiesta, con sus tacones amarillos. Los del establecimiento la llaman por su nombre y la princesa se siente una actriz al sacar de su cartera una tarjeta de cliente frecuente.

Corre a urgencias hasta por un moretón; es su club deportivo. Acude al mejor nosocomio de la ciudad, donde trabaja su marido como psiquiatra y director.

La posición social del esposo y el dinero que le debe a su suegro, por el póker y juergas blancas, es la puerta a todos los fantasmas medicinales de la princesa.

En su trajín diario carga en su enorme bolso pastilleros y un termo con agua. A cada instante introduce una pastilla ácida en la boca, como golosina.

La princesa no realiza cardio ni asiste a clases de pintura como las señoras de su misma clase social. Ella acude tres veces a la semana con el médico para tratar sus anomalías ficticias. Este se siente feliz al ver cómo su cuenta bancaria va en aumento, lo que le permite presumir con sus colegas su nuevo deportivo rojo.

Sus únicos amigos son los ansiolíticos y la cocinera, quien se coloca sus audífonos para no escucharla y sólo asiente con la cabeza a sus interminables frases dolientes. Sus pocas amistades huyeron por su único tema de conversación: enfermedades incurables.

La princesa imagina operaciones como si planeara un viaje a un parque de diversiones. Cuando se quitó el apéndice ni le dolía, sólo quería subirse a la rueda de la fortuna.

Un día, al notar que su marido la dejaba a su suerte, su padre, harto de sus achaques emocionales, la internó en un psiquiátrico. Él se indignó al ver que la princesa se sentía en un *spa* con doctores, medicinas y enfermeras a su alcance. La sacó de ahí y se resignó.

Hace muchos años la princesa mató a su gata por compartirle su recreo. Le daba grageas de premio por lograr alguna hazaña ridícula. Lloró por meses y no comprendía la razón de su muerte. Su padre le prohibió tener más mascotas.

La imposibilidad de ser madre es el respiro de su padre. Nada más de imaginarse que puede olvidar a una criatura en el supermercado o compartir su afición con un niño lo vuelve loco.

En su cumpleaños, la princesa no exige pastel, joyas, tacones amarillos o abrigos de visón; pide recetas para Valium, Sydolil, Kriadex, Sinogan, Risperdal, topiramato y otras drogas. Su marido se las entrega en una caja de regalo con un enorme moño. Ella, como niña que recibiera una muñeca, brinca en la cama. En agradecimiento, la princesa le quita despacio la bata e interpreta su mejor papel: el de una enferma. Ruedan en la cama, se desprenden de sus ropas con rutina marital. Su esposo desliza el fonendoscopio por su cuerpo. “Es su doctor”. La princesa le hace creer que se electriza. Lo único en que ella piensa es en estrenar su primera receta; él, en la cita que tendrá por la noche con una de las tantas enfermeras.

LA PRINCESA JAPONESA Y EL ZAPATERO

En el otoño de la era Edo, en Kioto existió una princesa llamada Reiko Yumikawa. Era tan bella que los habitantes la comparaban con la luna. Tenía piel blanca como el arroz, mejillas del color de los cerezos, su cuerpo parecía una grulla y sus manos eran fuertes como un bambú. Las cortesanas a su disposición le enseñaron a tocar el *shamisen*. Cada noche se sentaba en una roca de su inmenso jardín a tocar el instrumento y a cantar. Las estrellas eran su público. Su melodía esplendorosa resonaba en toda la ciudad.

Un zapatero la escuchó y se prendó de su voz al instante. Decidió seguir aquel sonido implorando a los astros encontrar su origen. Ellos lo encaminaron retumbando la sonoridad. Cruzó la urbe y llegó a un palacio. Se fijó que no hubiera nadie y, a escondidas, atravesó el jardín. Se paró detrás de un arbusto y desde ahí vio a la princesa Reiko tocando el *shamisen*. La belleza de la princesa lo eclipsó, lo que dilató los acordes del instrumento.

Cada noche el zapatero se escabullía entre los matorrales del palacio para oírla y admirar su hermosura. En una de esas tantas fue sorprendido por la princesa Reiko Yumikawa. Sus corazones se conjugaron en un hechizo musical. A partir de entonces se escondían entre los cerezos para que el padre de

la princesa no los descubriera. Ella tocaba para él. Cada nota acrecentaba su amor.

Una mañana el zapatero se dirigió al palacio y le pidió a una de las cortesanas que le entregara a la princesa una carta y unas sandalias amarillas que brillaban como luciérnagas. La sinfonía fue el hilo; el alfiler, su conjuro. La princesa Reiko leyó la carta, y una libélula escapó de su estómago al colocarse las sandalias, conocidas como *okobo*. En la noche, la princesa le remitió al zapatero su respuesta. Se escaparían. Acordaron reencontrarse en la séptima luna en el puente Mikura en Ueno.

La princesa salió del palacio con sigilo. Las pesadas sandalias le impedían ir rápido. Su corazón retumbaba. Al llegar al puente se puso pálida y se le desdibujó la sonrisa. Su padre los descubrió. Sacó una *katana* de entre sus ropas y atravesó el vientre del zapatero. Reiko Yumikawa se desplomó en el piso y un grito resonó. Su padre le arrebató las sandalias y las arrojó al agua. Se la llevó a rastras para después encerrarla en un calabozo. Su única compañía, el instrumento musical. Una cortesana se lo dio para mitigarle el dolor. Tocaba todas las noches y cantaba implorando el regreso de su zapatero. Murió de pena, abrazando el *shamisen*.

Cuentan las geishas de Kioto que en la séptima luna de octubre en el puente Mikura suena un *shamisen* y una voz corea evocando a su amado. Las parejas depositan en el puente *okobos* amarillos cuando el astro está en su mayor esplendor, para que su amor sea eterno.

PRINCESA TATUAJE

De niña jugaba a ser una novia. El vestido era el camión blanco de su madre; una funda, el velo; los tacones, un tintineo al arrastrarlos; su elefante de felpa, su novio. Pasaba la tarde recreando travesuras de boda, feliz con el peluche entre sus brazos bailando el vals.

En su adolescencia coleccionaba revistas nupciales, recortaba los vestidos más bonitos y los pegaba en la pared. Se emocionaba al ver los finales de las telenovelas. Pegaba sus labios a la pantalla del televisor imaginando que era ella la que besaba al novio en el altar, y al aparecer la palabra “Fin” le pedía a la estrella de la tarde un deseo: tener un esposo.

En su casa de cemento en la colonia Seminario, a unos días de su cumpleaños dieciséis, apresa el regalo que se dará: un tatuaje de un corazón rojo en el tobillo, su amuleto para encontrar a ese marido que tanto anhela.

Una noche antes de la cita con el tatuador, se acuesta en la cama, mira el techo de lámina, suspira y una maraña cariñosa escapa de su barriga, no para de reír.

Se despierta por *Las mañanitas* que le cantan su madre, padre, abuela y hermanos. Sopla el pastel pidiendo el mismo deseo de todos los años: un marido.

Su prima decide acompañarla a lo del tatuaje. El sonido de la máquina y la aguja en su piel la reconfortan. Su prima no tolera el sonido y decide esperarla afuera. Al terminar el tatuador y ver su corazón, sonrío como si se subiera a la montaña rusa.

Camina gustosa por los portales del centro de Toluca presumiendo su talismán y esperando a que aparezca ese ente. Lo imagina en la Plaza Gonzáles Arratía, en el Andador Constitución. No aparece, pero no pierde la esperanza. En algún momento su corazón pincelado hará la magia.

La Princesa Tatuaje trabaja de sirvienta en San Carlos. Sus patronos son buenos con ella y los niños la adoran. En una ocasión contratan a un jardinero de su misma edad llamado José, guapo, piel canela (como la de ella), fuerte y delgado. Al ver aquel corazón rojo en el tobillo, él se enamora de la Princesa Tatuaje al instante y ella de él. Todas las semanas él corta margaritas del jardín y se las entrega a ella con temblor de amor. La princesa le corresponde preparándole el desayuno y café para mirar el verde del campo de golf. Ninguno de los dos descuida sus deberes, los realizan con más esmero. Al salir la acompaña hasta su casa y platican en la puerta por respeto a su padre. Se hacen novios, él se lo pide en la fiesta de la colonia mientras comen elotes en un juego mecánico. Desde entonces no se separan. Besos dulces como algodón de azúcar.

A los tres meses José le pide matrimonio a la Princesa Tatuaje en Six Flags. En la cima de la rueda de la fortuna, con el crepúsculo deslizándose entre los edificios y la ciudad como

una hormiga, extrae de su chamarra un anillo de plata con un brillante falso, se lo coloca en el dedo y le pide que se casen. Ella, con vértigo de éxtasis, le dice que sí, grita, acaricia su tatuaje. Con las manos juntas y mirando hacia el cielo le da las gracias a la estrella de la tarde. Lágrimas de júbilo resbalan por su mejilla. Lo besa, dejando en sus labios una estela de amor. Se abrazan con los latidos como tambores. Ella grita enloquecida observando la argolla en su dedo. Se suben a más juegos; en cada uno se besan y no se sueltan de las manos.

Un alboroto inunda la casa, todos corren de un lado a otro con la emoción adherida al cuerpo. La Princesa Tatuaje, sentada, con los codos recargados en el mantel, toma un sorbo de café. Le cuesta atrapar un pedazo de fruta, pues el tenedor tiembla y su cuerpo es un tsunami; su sonrisa, una plegaria. En unas horas dará el sí que tanto anhela.

En el salón de belleza la peinan y maquillan. Caireles tiesos, por el exceso de spray, caen sobre su frente. Su dama de honor le coloca una tiara con brillos exagerados. Su cara es un betún y sus ojos se pierden en el espeso maquillaje.

En la recámara está su madre. Lleva puesto un vestido entallado, con lentejuelas, del que sobresalen sus lonjas; pareciera que trae puesto un salvavidas. Le ayuda a ponerse el vestido, que es ampón, con pedrería. El velo es de cinco metros de largo; los tacones, de quince centímetros. Parece un merengue. La Princesa Tatuaje se ve en el espejo, se mira como si fuera Thalía. Su madre la aconseja y bendice. Su abuela le coloca un collar con una cruz alrededor del cuello y le besa la frente. Su

padre le entrega el ramo con margaritas de plástico; derrama lágrimas, como si su hija fuera a la universidad.

Al mediodía, la Princesa Tatuaje baja las escaleras como una actriz de telenovela. Sale de la casa y se sube a un Chevy rojo adornado con flores blancas y moños. El resto de la familia se va en taxi porque en el Chevy sólo cabe el inmenso vestido.

En el altar de la Parroquia del Sagrario, José, ansioso, espera a la Princesa Tatuaje. Lleva puesto un traje metálico que se le ve inmenso (es el mismo traje con el que se casó su padre) y una margarita en la solapa. Suena en una grabadora vieja la marcha nupcial. La princesa, sonriendo, camina del brazo de su padre sobre un tapete rojo, como si fuera María la del Barrio. José la recibe maravillado, le parece hermosa, como una actriz. El sacerdote habla rápido, tiene en puerta más bodas, quinceaños y bautizos. Los padrinos de lazo colocan este al revés; los novios no saben qué hacer. Frente a frente, se juran amor eterno, al tiempo que se ponen las argollas y se dan un beso. La Princesa Tatuaje y José salen de la iglesia sin soltarse ni un segundo, como esposa y esposo. Un beso se alarga bajo la lluvia de arroz. Los transeúntes los felicitan.

Se suben al Chevy. José se sienta sobre el vestido, lo aplasta. No ven el camino, sólo la inmensa tela. No paran de besarse hasta llegar a la fiesta. Cuando entran los novios, suena *Estoy enamorada*, de Thalía. Los invitados, de pie, les dan la bienvenida con aplausos y chiflidos.

La calle se cerró con tambos. Fueron colocados un corazón de unicel con sus iniciales, una lona amarilla, una corona

de flores, mesas de metal y sillas de plástico. Sobre la mesa de los novios, copas con brillantina dorada y una canasta con flores. Para comer y beber: tacos de barbacoa, espagueti a la crema, vino espumoso Asti y ron Captain Morgan.

Los invitados brindan por los novios. El padre de la Princesa Tatuaje dice unas palabras incoherentes gracias a la bebida, saca una pistola de su saco y tira balazos al aire. La gente se esconde bajo las mesas. Después del susto, suena la canción *Sólo con verte*, de Banda MS, y los novios bailan el vals. José la toma de la cintura y siguen el ritmo de la música con pasos torpes, sin dejar de mirarse. Se besan. Llueven aplausos.

Parten el pastel de cinco pisos y los padrinos entregan los recuerdos: ángeles de cerámica con alas doradas. En la víbora de la mar su prima se gana el ramo y grita como si le hubiera “pegado al gordo”. En la parte de la liga, los amigos de José lo avientan y él cae sobre una mesa. Gritos horrorizados. La Princesa Tatuaje va en su auxilio, pero él parece de hule, no le pasa nada. Ella le da besos para curar sus nulas heridas. Bailan y beben hasta que sale el sol.

Tambaleantes, entran a un cuarto del hotel San Francisco. José se acuesta en la cama y se queda dormido; la Princesa Tatuaje lo sacude para despertarlo, pero no lo logra. Ella sale al pasillo. Por casualidad, pasa una mucama. Le pide que la ayude a desabotonarse el vestido. Cuando se lo quita siente un gran alivio. No concilia el sueño por los ronquidos de José. Gira y gira hasta que se queda dormida.

Sus patrones les regalan la luna de miel en Acapulco. No conocen el mar. Se maravillan por su color turquesa. Consuman su matrimonio entre las olas, con la arena adherida a sus pieles. A los nueve meses nace Marimar.

Su deporte favorito: procrear hijos. Tienen nueve, además de Marimar. Viven apretujados en una casa con cuatro recámaras.

José deja de ser jardinero para exportar margaritas alrededor del mundo. Pide un crédito en el banco y adquiere tres florerías en diferentes puntos de Toluca, las mejores. La Princesa Tatuaje es aficionada a las telenovelas; cuando llega José de trabajar recrean las escenas en su cama.

Se cambian a una casa mucho más grande. A sus seis varones les pagan la universidad; a sus hijas no les permiten estudiar, junto con su madre, se hacen cargo de los deberes de la casa.

En su aniversario de plata se tatúan como símbolo de su amor. La Princesa Tatuaje, una tiara a un lado del corazón pincelado; José, una corona en el tobillo.

Viven felices por siempre y fallecen juntos, tomados de la mano, a los noventa y tres años, rodeados de hijos y nietos.

RICITOS DE MEZCAL Y EL ALEBRIJE

En las profundidades de un bosque en Oaxaca, Ricitos de Mezcal encuentra una cabaña roída y con las ramas entretejidas en las ventanas. Su curiosidad la alienta a cruzar la puerta. El interior es impecable, atestado de libros; en la mesa, diccionarios y una máquina de escribir. Su sorpresa fue mucho mayor al percatarse de que el escritor es un alebrije. Se paraliza de terror, pero parece más un pájaro de felpa sentado en un sillón. Con anteojos y una enciclopedia en su regazo, observa minuciosamente a Ricitos de Mezcal y ruge gracioso, de tal forma que a ella se le desvanece el miedo.

El alebrije es inmenso; se agacha para caber en la habitación. Tiene alas multicolores, cuernos de antílope, pico de gallo y complexión de cartón. Ella se maravilla con ese monstruo inofensivo.

Ricitos de Mezcal decide quedarse con él. Con el paso de los días entablan una conexión especial.

El alebrije le lee los libros que ha publicado; Ricitos de Mezcal lo abraza y él la envuelve con sus alas en señal de cariño. Inventan palabras y las transcriben en una libreta, que ya es su diccionario. Pescan estrellas y las guardan bajo su cama. El alebrije peina sus rizos de mezcal, mientras ella acaricia su plumaje. Antes de dormir, ella besa su pico emplumado y le

recita poemas. Juegan a ser piayas cayananas en luna menguante sobre las copas de los encinos.

Una tarde ella observa al alebrije con respeto y pavor. Él se le acerca moviendo las alas. Ella no quiere que huelga su miedo y le acaricia su plumosa garra. Él le chupa la mano. Rizos de Mezcal tiembla, pero a la vez le gusta la sensación pegajosa; recuerda que hay mezcal en la gaveta de la biblioteca, va por la botella, se desnuda poco a poco y se lo esparce en el cuerpo. El Alebrije se le acerca. Ella se paraliza. La olfatea como a un jumil y relame con su lengua-tentáculo todos los rincones. Una sensación agradable y extraña. Rizos de Mezcal es el escamol que persigue y ella se deja atrapar. Goza y gime. Duermen abrazados y el alebrije vela sus sueños.

En una noche de tormenta Ricitos de Mezcal coloca en el tocadiscos la pieza *Flor de piña* y bailan al ritmo de la música de la Guelaguetza. El alebrije mueve las alas al son de la danza de la pluma, como Quetzalcóatl. Ella agita los brazos y pies al ritmo de las trompetas y tambores. Afuera llueve. El alebrije lengüetea sus labios y ella le entrega su corazón. Danzan sin parar y con el amor adherido a la piel. Ricitos de Mezcal ríe y se queda a su lado hasta que un día él deje de ocupar su lengua y clave su pico en su carne.

PRINCESA EXTRATERRESTRE

La princesa extraterrestre habita en una galaxia donde no existen los tacones ni el color cereza de labios, grumos en las pestañas ni mucho menos ropa de diseñador. Las marcianas no lidian con las reglas absurdas de etiqueta, no requieren parecerse a una actriz con el cabello planchado ni percibir que traen una jareta. Leen a escritores de otros planetas, se instruyen en la universidad, son pilotos de naves espaciales, doctoras especializadas en el corazón, filósofas, presidentas...

Cuando la princesa extraterrestre se encuentra aburrida, decide salir de viaje y conocer la Tierra.

Aterriza en una de las ciudades más folclóricas de México: Guadalajara. Sus habitantes, como su música: Jarabe Tapatío.

Al caminar por Plaza de Armas, llena de mujeres “disfrazadas” y maquilladas como seres de un carnaval, percibe cómo unos gorilas con piel de hombre la acribillan mirando sus senos y nalgas. La princesa extraterrestre se indigna; en su galaxia no ocurren esas cosas. Decide disfrazarse de mujer terrestre: tacones amarillos, vestido insufrible y colores en la cara: parece payaso.

La princesa extraterrestre recorre la calle Libertad con los tacones amarillos en busca de otra presa. A cada paso pareciera que unos clavos se adhirieran a sus pies. Cansada de los

improperios y de las “balas”, se sienta en la banqueta a observar el paisaje: jacarandas y buganvillas frondosas, cafeterías con olor a cardamomo y casas construidas por Barragán. Se exaspera con cada partícula de esplendor que vigila a su alrededor. El sudor exhala una burbuja de turbación y una cosquilla presagio la envuelve. Alerta un suceso irrefutable.

En el Mercado de San Juan de Dios, en un puesto de guasanas, aparece la respuesta a su profecía: una terrenal rubia, ojos verdes, con tatuajes en los brazos y vestido vaporoso lila con flores. La princesa extraterrestre no deja de contemplarla. Sus miradas se cruzan. La rubia va hacia ella, intercambian palabras de coquetería, se ofrece como su guía de turistas y recorren la ciudad tomadas de la mano. En la Minerva la besa y deja de ser princesa extraterrestre para convertirse en humana.

La princesa extraterrestre no puede conciliar el sueño por los ronquidos de la terrenal con tatuajes. Cuando logra dormir, un maullido la despierta: un gato oprime su estómago. Ella se asusta y lo avienta. El gato alcanza a rasguñarla. Se sobresalta al percatarse de que hay calcomanías en la sábana y otras pegadas en su pecho. Los tatuajes de la rubia son falsos. Al voltearse, ella no está en la cama. La princesa extraterrestre observa la habitación: un muladar. Caca del felino por doquier, calzones y brasieres esparcidos en el suelo, ceniceros llenos de colillas, caguamas vacías y un olor fétido le provocan náuseas. La terrenal con tatuajes regresa con dos tazas de café, se acerca para besarla. La princesa extraterrestre da un paso hacia atrás y deja la taza en el buró, se sienta en el borde de la cama,

pensativa. La terrenal, ahora con tatuajes falsos, se da cuenta de su frialdad y le reclama. La princesa extraterrestre se acerca a la ventana y, con un chasquido de dedos, aparece una nave espacial; salta, se introduce en la nave y desaparece entre las nubes. La terrenal con tatuajes falsos se queda impávida; la taza resbala de su mano y cae al suelo.

PRINCESA CONTORSIONISTA

En 1915 existió una princesa dueña de un circo en París. Era hermosa como un cuadro de Picasso; su silueta, un jarrón chino de porcelana; su tez, un marfil; su carácter, como el de una leona.

Su mejor acto, una cama en medio de la pista, donde posee a sus amantes como animales. Los transforma en saltimbanquis, domadores, malabaristas, magos y osos.

Se prepara para la función con el frenesí que aprisiona su pecho. La adrenalina fluye con su temblor. Se pone brillantina en sus párpados y color incendio en los labios; estola de plumas blancas, medias y antifaz.

Cada noche ejecuta un acto distinto, con la realeza como público. El afrodisiaco es la música instrumental con tambores, acordeones y trompetas. La princesa contorsionista baila dando vueltas en la pista, muestra sus nalgas frondosas y se contonea como una amazona.

El saltimbanqui, entre saltos y giros, acaricia el disfraz de la princesa contorsionista. Besa sus ojos y pasa la mano debajo de las medias, estruja su pecho de niña. Entretejidos en una maroma al ras de la pista fría, un vapor se diluye en los cuerpos y ruedan en una burbuja embelesada. Y después, la soledad.

La princesa contorsionista se eleva hasta lo más alto de la carpa con alas de libélula. Destellos plateados caen sobre el domador de jirafas, quien cabalga dejando una estela metalizada a su paso. La mira tórrido. Ella desciende con piruetas en el trapecio hasta llegar a sus brazos. Él la sujeta de la cintura y la acomoda sobre los muslos; se dejan llevar por el vaivén de la jirafa, se entregan a la ternura animal y se devoran. Y después no hay nada.

El malabarista ejecuta el acto con pericia y coloca las bolas chinas en el sexo de la princesa. Navajas se derriten en el mar y ella se electriza como una anguila. El deseo del malabarista oriental crece, y ella, con un alarido, rasguña su espalda dejándole una hebra de sangre. Y después, el aburrimiento.

Con el mago reinventa el *Kamasutra*. Y después, el sollozo.

El oso la lame. Escruta en todos los rincones secretos de la princesa; un suceso de complicidad. La lengua, gruesa y viscosa, raspa y tantea su cuerpo en busca del río de los sentidos. La palpa como a una pulga y ella se aferra al pelaje. Ningún ente terrenal le había concedido tanto placer. Al finalizar el espectáculo solloza. El oso le sorbe las lágrimas; el público aplaude. Y después, la culpa.

A la mañana siguiente, la princesa contorsionista viaja en su caravana solar en busca de un amante con disfraz de sapo para así dejar de ser princesa y convertirse en humana.

BLANCAHAREM Y LOS GNOMOS

Blancaharem es tan fea como un cerdo bofo. La textura de su cara: nopal. Tiene cabello del color de un cuervo, boca lija escarlata y treinta y siete años. Vive en Huasca de Campo, un lugar rodeado de neblina, con sus esclavos: los gnomos Stalko, Shabu, Roqueta, Oso Negro, Pastover, Caleidoscópico y Tripi. Su cabaña está cercada por maleza y serpientes. El paisaje: prismas basálticos y cascadas.

Su varita mágica, un látigo con el que domina a los gnomos. Estos limpian la casa, cocinan, le hacen masajes, manicura y pedicura, cosen sus vestidos, cortan leña y trabajan como guías de turistas. Lo que ganan se lo entregan a Blancaharem y ella les coloca un chip de localización bajo el brazo para que no escapen.

Stalko, quien usa anteojos, es el líder y el más viejo. Es maestro de Blancaharem: le enseña historia del arte, literatura y el *Kamasutra*. Ella no presta atención por mirar sus uñas recién pintadas de rosa pastel. “Estudia” para sentirse intelectual: es la burla de los habitantes del pueblo. No le gustan las posiciones que le obliga a enseñarle, son dolorosas, sobre todo el mono. Si no la obedece, ella le pega con la fusta. Dejó hace años las drogas y el alcohol y medita cuando siente debilidad, es difícil en ese infierno.

Todas las noches Shabu vomita bilis. No habla, grita como carretonero. Rompe platos y arroja con manotazos todo lo que encuentra a su paso, es un huracán. Los demás gnomos casi pierden el trabajo por sus peleas constantes. Es aficionado a la bebida y tiene botellas escondidas en sus botas. En una ocasión le dio una cachetada a Blancaharem. Ella lo encerró en la alacena. Era tanta la rabia del gnomo que despedazó la puerta. Al salir los golpeó. Stalko lo enclaustró en el sótano.

Cuando Blancaharem quiere placer exige que lo lleven a su habitación. Ella es una dominatriz, ejecuta el acto con furia, lo azota con el látigo en las nalgas. Él percibe cuchillos que se derriten en su piel; ella lo flagela con más fuerza. El deseo crece y ella, gimiendo, lo fustiga hasta que una hebra de sangre resbala por su pierna y alaridos resuenan en la habitación. Él no puede sentarse, las heridas le arden y maldice en un grito.

Los mocos de Roqueta terminan embarrados en los muebles, vasos, cucharas... Los gnomos creen que es alérgico al polvo. No para de estornudar por la cocaína. En las noches sale por la ventana y se dirige al pueblo a buscar clientes para prostituirse. Los lleva al bosque alejado de la cabaña para poder pagar su perico.

Una noche, Blancaharem revisó antes de acostarse el GPS y se percató de que Roqueta se encontraba en el pueblo. Furiosa, se desquitó con los demás gnomos, los golpeó con el látigo. Cuando Roqueta regresó le propinó tal paliza que le fracturó la nariz. A pesar de ello, Roqueta no deja de arriesgarse y escapa. Ella, fastidiada, le da permiso de salir y lo obliga a

entregarle el dinero que gana. Él se queda con una parte para pagar su droga.

Oso Negro es tartamudo, habla bajo, es el más temeroso, fuma dos cajetillas al día, no deja de temblar. Blancaharem no soporta su pestilencia y tufo agrio, le provocan náuseas, sólo lame su pene como una paleta y le da las actividades más pesadas y denigrantes, como limpiar los mocos de Roqueta esparcidos en toda la cabaña, cambiarle los pañales a Pastover, lavar los escusados y limpiar la sangre cuando los azota.

Pastover es un gnomo con frutilupis en el cerebro. En una riña de cantina le dispararon y la bala rozó su cabeza. Para Blancaharem es su oso de peluche, duerme en una cuna. Le da chocolates, caramelos, sonajas y juguetes.

Caleidoscópico siempre está eufórico gracias a la heroína, lo hace sentir que es un rapero, no para de cantar. Trató de suicidarse porque alucinó que Darth Vader lo apuñalaba con su sable de luz. Estuvo loquísimo, se enterró un cuchillo en el estómago y, al ver la sangre, no paraba de reír. Blancaharem se enojó porque tuvo que gastar en un doctor. Se recuperó. En sus “viajes” va a la alacena y devora todo lo que encuentra. Otras veces se dirige a la cama de Blancaharem; ella juguetea con su pene flácido, le gusta que lo haga. Harta de que los deje sin desayunar, ella decide colocar un candado al refrigerador y cerrar con llave la despensa. En la madrugada, Caleidoscópico va en busca de comida. Al palpar el candado y no poder abrir se dirige a la cama de Blancaharem. Cogen hasta que amanece.

Tripi va a todos lados con sus calcomanías, las pega a su lengua y un vaho de múltiples colores sale de su boca. Se divierte al ver a la gente transformada en pitufos. Es poeta y todo a su alrededor lo transforma en rimas; se maravilla con el cielo verde, las hojas azules al brillar con el sol, escarabajos fosforescentes, los prismas de azúcar... Él es Romeo y su verdugo, Julieta. Los golpes e insultos son su poesía.

Una vez Blancaharem le exigió que se disfrazara de burro, caminara en cuatro patas y rebuznara en la plaza del pueblo. Ella se carcajeaba como bruja despiadada. Para Tripi fue una declaración de amor. Los gnomos sintieron pena por él y le dieron una calcomanía. De regreso a la cabaña una estela burbujeante acompañaba a Tripi. Él no dejaba de contemplar los colores del atardecer, en ese momento más violetas, y a los hongos con ojos gigantes (sentía que lo devorarían). La cara de su Julieta tomaba forma de margarita, le pedía que la besara, su corazón palpitaba muy fuerte.

Blancaharem posee en un hongo gigante a aquellos gnomos pequeños e indefensos. Piernas y brazos entretrojados en una maroma, los labios de Blancaharem lamen sus cuerpos y un espasmo escapa en una carcajada. Ellos quedan atrapados en una burbuja de terror.

Una mañana tocan la puerta. Blancaharem amenaza a los gnomos y los obliga a esconderse en el sótano. Abre. Son los de derechos humanos y de la Fiscalía Especializada para la Atención de los Delitos de Trata de Personas. Grita descontrolada y no logra impedirles el paso. Tiran objetos al piso,

desacomodan los muebles, deshacen las camas. En el sótano descubren a los gnomos asustados y arrinconados, rogando que no les hagan nada, repitiendo que son inocentes.

Blancaharem sale esposada y escoltada por dos policías, quienes la suben a una patrulla. A los gnomos los meten en una camioneta para trasladarlos a la procuraduría de Pachuca, a fin de que rindan su declaración contra Blancaharem.

A Blancaharem no pudieron imputarle los cargos de privación ilegal de la libertad y violación agravada. La dejan ir por falta de una orden de allanamiento, por impedirle realizar una llamada y porque la declaración la hizo sin que estuviera su abogado. Ahora vive en Tenancingo, Tlaxcala.

A los gnomos les quitaron el chip y los liberaron.

Stalko imparte clases de arte y literatura en una preparatoria de Ciudad Sahagún. Se llevó consigo a Pastover y se hace cargo de él. En las tardes, a las mamás de sus alumnos les enseña el *Kamasutra* y el *Jardín perfumado*.

Shabu asiste dos veces por semana a Neuróticos Anónimos y toma terapia para curar su alcoholismo. Se casó con una de sus compañeras. Es director técnico en el ayuntamiento de Huasca de Campo en el área de turismo.

Roqueta es narcomenudista. Vive en Tepito.

Oso Negro ha intentado varias veces dejar el cigarro, pero sus temblores aumentan cuando trata de dejar ese vicio. Ahora trabaja en un circo como domador de leones.

Caleidoscópico es un rapero famoso. Cada noche duerme con una mujer distinta.

Tripi se volvió gurú. Para olvidar a Blancaharem, se fue a la India. Estafa a sus seguidores con la teoría del humo del arcoíris para alcanzar el nirvana. Además, es un poeta famoso, multipremiado.

Una vez al año Stalko, Pastover, Shabu, Roqueta, Oso Negro, Caleidoscópico y Tripi se reúnen en una *rave* para festejar su libertad, en la que consumen ácido y tachas. Brincan, dan vueltas y se transportan a otra dimensión de colores fosforescentes. Las nubes son guerreros de hielo que se los quieren comer; las estrellas, pistolas; la música, gritos diabólicos.

Blancaharem fue enterrada viva por un gnomo que quiso reclutar. Yace en un ataúd esperando que un príncipe la rescate.

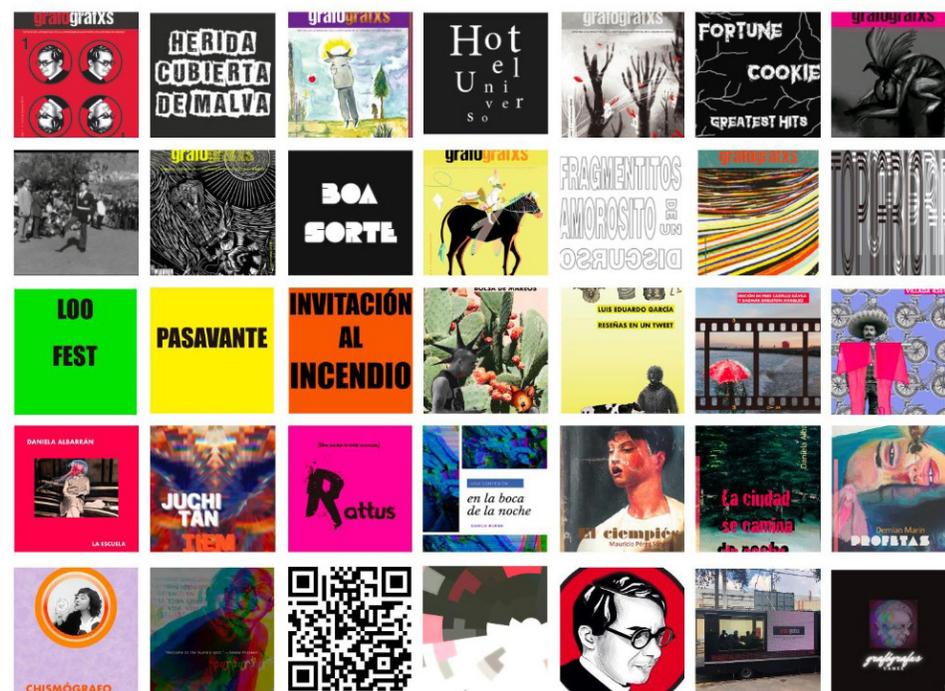
Índice

Cenicienta	7
Caperucita Lobuki	11
Rapuchona	17
La Bella y el reguetonero	27
La bella pastilla del sueño	35
Infanta Terráquea	39
Princesa Pastilla	45
La princesa japonesa y el zapatero	51
Princesa Tatuaje	55
Ricitos de Mezcal y el alebrije	63
Princesa extraterrestre	67
Princesa contorsionista	73
Blancaharem y los gnomos	77

Parte esencial del proyecto editorial de la revista *Grafógrafxs* es el lanzamiento de lxs escritorxs surgidxs de sus talleres de narrativa y poesía. De ahí la necesidad de acompañar en forma de libro electrónico el trabajo que durante las sesiones de dichos talleres ha sido compartido, discutido y editado. Cada sábado, a través de internet, se reúne una comunidad universitaria nutrida, compuesta por estudiantes, profesionistas y profesores con los perfiles más diversos, lo que refrenda el punto de partida de *Grafógrafxs*: sustentar una comunidad universitaria plural, libre y activa, que, junto con sus estudios regulares o actividades laborales, mantenga el fervor por la literatura, y más aún, que encuentre las herramientas para entender la lectura y escritura como una vía compartida, y pueda así escribir su propia historia y haga valer su voz.

El nombre de las colecciones **Pasavante** e **Invitación al Incendio** hace referencia a dos antologías en formato electrónico de los talleres de poesía y narrativa, ediciones especiales de la revista que aparecieron a principios del 2020 y unificaron la visión entre los autores y los coordinadores de los talleres de dar paso a ediciones individuales, consolidando su mérito y talento en un libro, especialmente en estos momentos adversos en los que la continuidad nos obliga a sumar empeños en el plano virtual. También, con las colecciones **Pasavante**, de poesía, e **Invitación al Incendio**, de narrativa, se convida a participar a los escritores y traductores allegados al proyecto de *Grafógrafxs*, cuyos libros atrayentes y de una estética singular redundarán en la configuración de un catálogo que escolte y acreciente el arsenal de nuestrxs lectorxs. Porque la literatura es una reflexión del mundo lúdica y cruel, exagerada y simple, descalza y bocanada de ostracismo, absurda y posesa, trance y veladura, explicación y vuelo sumergido, ciudad real y hangar de duermevela, cíclope y tumulto, fin del camino e ignición, de nuevo queremos decir que *Grafógrafxs* es el espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos, reconocernos y escribirnos.

Sergio Ernesto Ríos



TODO GRAFÓGRAFXS
grafografxs.uaemex.mx

Síguenos

 Grafógrafxs UAEMex

 @grafografxsuaem

 Grafógrafxs UAEMex

Contacto

 grafografxs@uaemex.mx

Princesas, de Marifer Michel, es una publicación especial (colección Invitación al Incendio de narrativa) de *Grafógrafxs*, editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Secretaría de Difusión Cultural, Edificio UAEMITAS, Leona Vicario, No. 201, 3er piso, Barrio de Santa Clara, C.P. 50090, Toluca, Estado de México, Tel. (722) 481 1800.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre y cuando no se modifique, se cite la fuente completa y su dirección electrónica.

Hecho en México, Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), todos los derechos reservados 2020.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Esta obra fue puesta en línea con la actualización del vol. 4, núm. 1, de *Grafógrafxs*, enero-marzo de 2022.

INVITACIÓN AL INCENDIO / NARRATIVA

graiógrafx

